



DEL PELIGRO DE LA LECTURA

Cornelia Boehm

RESUMEN:

Alrededor de 1800, la lectura se convirtió –gracias a las mejores posibilidades de educación– en una verdadera “moda” que fascinó sobre todo a las mujeres de la clase media. Mayoritariamente, las mujeres leían novelas y revistas de entretenimiento, y las leían en cantidades enormes, descubriendo el placer por la lectura de temas con los cuales se identificaban, haciéndolo a solas, sin ser observadas. Cartas, diarios y artículos de revistas dan a conocer la enorme importancia que tenía la lectura en la sociedad alrededor de 1800, y nos entregan una idea clara del debate polémico en torno a la supuesta peligrosidad de la llamada “adicción a la lectura” de las mujeres de entonces.

ABSTRACT:

Um 1800 wurde –dank dem verbesserten Bildungsangebot– das Lesen in den bürgerlichen Kreisen in Deutschland zu einer regelrechten Mode, die vor allem die Frauen in dieser Schicht ansprach. Frauen lasen insbesondere Romane und Unterhaltungszeitschriften, und zwar in großer Zahl, und sie entdeckten die Lust am unbeobachteten, einsamen und identifikatorischen Lesen. Briefe, Tagebücher und Zeitschriftenartikel bezeugen den enormen Stellenwert, den das Lesen in der Gesellschaft um 1800 hatte und geben uns ein anschauliches Bild von der polemischen gesellschaftlichen Debatte um die angebliche Gefährlichkeit der “Lesesucht” für die Frauen.

La lectura ... ¿constituye un peligro? Hoy en día, la sociedad está consciente de que la lectura es un valor cultural que hay que respaldar. De ahí que pedagogos y padres traten de educar a la generación joven para que lea. Pero no siempre fue así. Hace 200 años, en la época de Goethe, la lectura era considerada mucho más ambivalente. En la Europa de 1800, existía un discurso fuerte acerca del hábito de leer, una discusión pública en torno a quién lee, qué se lee, dónde se lee y cómo se debe leer. La lectura y el discurso sobre ella no eran considerados como asunto personal de cada cual, sino como un “problema” de toda la sociedad, ya que ésta se había convertido en una verdadera “moda”, según la opinión de los críticos.

¿Quién leía entonces, cómo se leía, y qué impacto tenía en los lectores lo que se leía? Con ayuda de textos de diarios, de cartas y de libros, y a través de ilustraciones de la época presentaré algunos aspectos de aquel discurso social sobre la lectura.

1. ¿QUIÉN LEÍA?

Si hablamos de la Europa de 1800, hablamos de una Europa profundamente marcada por la Ilustración, un movimiento originariamente filosófico que –en el caso particular de Alemania– produjo, en primer lugar, una secularización en el pensar y vivir de la gente y una interpretación del mundo desde la perspectiva del racionalismo. Pero, el impacto mayor de la Ilustración se evidencia quizá en la vida diaria de la clase media de la sociedad, en los

burgueses, sobre todo en los burgueses que vivían en las ciudades. Ahí se puede constatar un fuerte cambio en las costumbres de vida, tanto en el ámbito privado como público.

La burguesía alemana fue un estrato con una enorme evolución en aquel tiempo, y este ascenso pudo producirse porque, por primera vez en la historia, una gran parte de la burguesía alemana recibía una buena educación escolar. Mejorar y ampliar la educación escolar era una de las principales metas de las reformas estatales durante la ilustración, y se hicieron grandes esfuerzos para concretar la alfabetización de las mujeres de la clase media. Si comparamos las cifras, podemos constatar que este trabajo fue muy exitoso: Se estima que alrededor de 1700 un 10 % de las mujeres sabía leer un texto, en 1800 ya se aproximaba al 50 % (Schön, 1987, 83).

¿Por qué este interés por la alfabetización de la mujer? Los ilustradores creían mucho en el impacto de la educación para mejorar el mundo en general, y se habían dado cuenta de que los responsables de la educación de los niños en sus primeros años de vida eran las mujeres, las madres. Es por eso que había que mejorar la educación de las mujeres para convertirlas en buenas madres y educadoras. Y, efectivamente, las cartas y diarios de mujeres dejan en evidencia cómo ellas mismas aprovechaban estas nuevas experiencias y disfrutaban esto como una nueva libertad en su vida. Durante el siglo 18, las mujeres de la burguesía educada alemana se convirtieron en lectoras importantes. Por eso, a continuación, voy a referirme al impacto de la lectura y a la discusión pública que había al respecto, citando el ejemplo de la mujer.

2. ¿QUÉ SE LEÍA?

El nuevo gran interés de las mujeres por la lectura coincide con su descubrimiento como consumidoras significativas, y por primera vez en la historia se editaron muchas publicaciones dirigidas especialmente a la mujer –por ejemplo, lectura moral para la señora, consejos prácticos para la buena ama de casa, consejos sobre educación, almanaques para mujeres, compilaciones sobre diferentes áreas de conocimientos que contienen todo lo que una mujer culta debe saber, antologías de poesía y mucho más. Aparte de estas lecturas que fomentaban claramente el rol tradicional de la mujer, surgieron dos nuevos tipos de lectura que tuvieron muchísimo éxito en los siglos 18 y 19 –sobre todo entre las mujeres–, la revista de entretenimiento y la novela.

El siglo 18 fue el siglo de las revistas. La revista de entretenimiento, por ejemplo la revista de moda, es la lectura adecuada para un lector/una lectora que aún no tiene mayor experiencia en leer mucho, ya que los artículos son cortos y fáciles de entender. Además, es de menor costo que un libro, y mediante avisos económicos, las revistas logran despertar deseos de consumo en sus lectoras. Los ilustradores se preocuparon mucho de la evolución de la economía nacional y del bienestar de todos, y existía la teoría de que el mejor camino para ello era fomentar el consumo en la clase media. Entre los grandes escritores del siglo, las revistas para mujeres eran, sin lugar a dudas, mal catalogadas. Sin embargo, a partir de la mitad del siglo 18, se editaban en Alemania más de 500 revistas de entretenimiento, simultáneamente.

Una de estas revistas, de gran difusión y mucha fama, se llamaba *Das Journal der Luxus und der Moden* y era publicada en el entorno directo de Goethe, en Weimar. El editor incluso era amigo personal de Goethe. Sin embargo, el gran maestro no juzgaba muy bien esta revista, al decir “¡Es como si todo lo ingenioso rehuyera aquella encuadernación en color de fuego!” (Goethe, en: Wies 1953, 63).

Goethe no era el único que pensaba de este modo, Wieland, otro famoso escritor y editor, escribió:

El Diario del Lujo y de la Moda (Das Journal der Luxus und der Moden) es una de las pocas revistas que encuentran gran acogida, ya que se funda en la vanidad, frivolidad y chismosería de nuestro público. Pero, ¿qué hombre de sentimiento y honor querría vivir de los vicios y tonterías de nuestra época?

(Wieland, en Wies 1953, 62).

A pesar de estos juicios demoleedores, el *Journal* tenía bastante éxito entre sus lectoras y se publicó por espacio de 42 años.

A través de revistas, como el *Journal*, las que con frecuencia tenían un objetivo pedagógico, se difundieron las nuevas ideas y opiniones a la clase media de la sociedad, y se logró así establecer un nuevo espacio para un nuevo discurso público –o “semi-público”. (Habermas, 1990, 78)

El descubrimiento de la mujer como lectora y como factor importante de consumo alrededor de 1800 pudo producirse sólo con el apoyo de las revistas y las novelas, las que se convirtieron, paulatinamente, en un medio imprescindible, por ejemplo para el discurso acerca del rol de la lectura en la sociedad. En este sentido, la prensa para la mujer desempeñaba un rol importantísimo en el proceso de las grandes transformaciones que se produjeron en la Ilustración.

El segundo tipo de lectura que tuvo un éxito enorme en aquella época fue la novela. El público lector del siglo 18 aún no tenía gran experiencia con textos de ficción. Hasta este siglo prácticamente no existían las novelas. Pero ahora, con el surgimiento del nuevo tipo de novela, como el “Werther” de Goethe, el lector burgués encontró por primera vez un protagonista de su propio estrato, la burguesía. Y la lectora burguesa pudo identificarse con una Charlotte, Luise o Käthchen. Este hecho causó profunda preocupación entre los críticos de la lectura y produjo la impresión de que la novela era una lectura un tanto peligrosa. El gran temor era que los textos de ficción pudiesen causar fuertes daños en la ya muy irritable constitución nerviosa de la mujer. Se temía que la salud sufriera a causa de una lectura falsa o exagerada. Muchos ilustradores pensaban que la lectura, sobre todo la de ficción, podría sensibilizar en exceso, sobreexigir los nervios y alimentar la fantasía de la mujer, y que esto traería una pérdida de la moral, generaría mal genio y dolores físicos. Ilustraciones muy populares de la época utilizaban frecuentemente la simbología de la mujer leyendo por las noches novelas de amor, normalmente en la cama y semi-desnuda, con una mirada excitada y transpirando por las fuertes emociones provocadas por la lectura, y a menudo, a la distancia aproximándose a ella se observaba al amante prohibido y soñado.

¿Era todo aquello una mera fantasía de los pintores? Veamos lo que las mujeres mismas decían sobre el impacto de la lectura:

Poco a poco mi gusto ha ido desarrollándose y ya no leo todo lo que se me presenta, sino que yo elijo. Conocí a un librero en la ciudad, quien me suele prestar las mejores y más novedosas obras, y ahorro todo lo que tengo para poder comprarme de vez en cuando un libro. Mi madre suele advertirme que no me entregue tanto a la lectura y que, a cambio de eso, aprenda trabajos femeninos. Tiene toda la razón, yo misma lo veo así, e incluso me gustan los trabajos domésticos, pero cada vez que veo un libro que aún no conozco siento fuertes palpitaciones en el corazón, y a veces mando todo al rincón para poder leer, y sobre todo leo durante la noche, cuando todos están durmiendo, muchas veces hasta la madrugada, aunque sea dañino para mis ojos.

(Wallenrodt, 1797,71).

La ambivalencia con la que se considerada la lectura llama la atención. La razón dice no a la lectura; el corazón cuenta las horas para poder leer. La lectura parece ser una adicción, un vicio, a lo cual uno se dedica escondidamente. Aparentemente, las mujeres estaban conscientes de que al leer corrían el riesgo de estar haciendo algo moralmente mal visto, algo peligroso.

¿Se trataba sólo de prejuicios? Al parecer la lectura ficcional realmente tenía un impacto muy fuerte en ellas, como lo refleja el siguiente testimonio:

Muchos libros que están de moda no los puedo leer porque me emocionan demasiado. Un buen drama, por ejemplo, tengo que interrumpirlo hasta diez veces para poder terminar de leerlo. Y me provoca desarmarme en llanto y me deprimó a tal punto como si yo misma estuviese dentro de la historia. Aunque éste sea mi pasatiempo preferido, los demás no soportan mi mal humor y, por eso, al buscar esta entretención lo hago con miedo. Y, muchas veces, me basta con leer algunas páginas para satisfacerme durante días mientras coso, hago trabajos a punto y otras cosas.

(Schwarz, 1872, 127).

Leer, sentir e identificarse con las heroínas del drama producen en esta mujer sensaciones placenteras. Mientras ella admite que la lectura y las emociones fuertes que experimenta constituyen su pasatiempo preferido, los grandes pedagogos de la Ilustración, por supuesto, lo ven con ojos críticos. Campe, por ejemplo, un connotado pedagogo de la Ilustración, advierte que las novelas:

... aparentemente están escritas para desviar la mente del mundo real a un mundo de fantasía, para simular situaciones y formas de vida que no existen aquí, para despertar esperanzas, ilusiones y deseos que no pueden ser cumplidos, y sentimientos y emociones que no concuerdan ni con el destino ni con los órganos del cuerpo de la mujer ... en un caso así el alma desviada tendría que renunciar a una vida tranquila y feliz, y, sobre todo, a la suerte de tener niños y una vida familiar.

(Campe, 1791, 58).

Campe, el autor de esta crítica, tiene razón. Al conocer otros mundos, mundos ficticios, la lectora empieza a reflexionar y a relativizar su propia realidad, incluso le permite huir de una realidad desagradable a un mundo ficcional perfecto; y, en este sentido, la lectura de novelas realmente representa un cierto peligro para la paz familiar. Los hombres tenían miedo de aquel proceso de individuación y autonomía de las mujeres; y, aunque éste se refiriera solamente a la vida interior, veían también en la lectura científica un peligro no sólo para la mujer, sino para toda la familia. La famosa ilustración “La mujer culta” muestra un hogar completamente desordenado, niños descuidados y sucios, un marido delgado y desesperado, incluso un ladrón entrando a robar sin ser visto, mientras la ama de casa se dedica a su lectura científica.

Como lo reflejan estos ejemplos, la crítica (sobre todo) masculina respecto de la lectura femenina era muy fuerte; pero, a la vez, en el ámbito ilustrado muy contradictorio: por un lado, la Ilustración fomentaba y propagaba una mejor educación para las mujeres; por otro, se temían sus consecuencias; y para evitar semejantes peligros para la paz familiar, como dice Campe, se instrumentalizaban las grandes revistas de éxito de la época. Se discutía regularmente el tema de la lectura para mujeres, se publicaban listas con títulos recomendables, existían libros que ofrecían una pedagogía de la lectura y se trataban de manera “científica” los peligros y desventajas de una lectura falsa. También las revistas para mujeres se dedicaron frecuentemente a la discusión. La primera revista de mujeres en Alemania publicó en el

año 1723 un artículo en el cual se defendía la lectura. Este artículo, escrito por una mujer, nos revela las razones de la crítica de la lectura femenina:

El sexo opuesto ha sido hasta ahora muy cauteloso en privarnos de todos los medios que pudiesen darnos experiencia en los asuntos de la vida. Gran parte de los libros están escritos en latín, y se enseñó a nuestros padres la máxima de que la ciencia es perjudicial para nuestro sexo, que nos hace vanagloriosas y ridículas y nos aleja de nuestros trabajos; que las mujeres nacen sólo para administrar el dinero del futuro marido, para lavar, remendar y dormir con ellos y emitir juicios desde la postura de una ignorante. Algunos incluso nos declaran inapropiadas para el matrimonio cuando tratamos de convertirnos en seres razonables a través de la lectura.

(Discourse der Mahlern, 1721, IV,12).

Aunque el tono parece muy desafiante –lo que corresponde al desarrollo de una nueva autoconciencia de la mujer en la primer mitad de la Ilustración–, la autora concluye afirmando:

Nuestra intención no es obtener de los libros una serie de ciencias innecesarias, sino convertirnos mediante ellos en amigas amables, mujeres prudentes y buenas madres.

El mensaje al final de este artículo trata de asegurar y tranquilizar a los hombres: tranquilízense, estimados hombres, no leemos para abandonar nuestros límites tradicionales, sino para cumplir mejor con nuestra función, en el sentido de Rousseau.

Mientras la lectura bien elegida (por ejemplo, con la ayuda de un hombre) es interpretada como apoyo para que la mujer cumpliera bien sus funciones; la mala lectura es descalificada como un peligro para su corazón y mente.

Frente a una polémica tan agresiva, queda por preguntarse el porqué las mujeres continuaron leyendo tanto. Ya intenté demostrar su afán por el placer de huir de la realidad hacia un mundo más interesante, más emocionante, y el interés por un cambio de roles, para llegar a convertirse imaginariamente en un héroe o en una heroína. También mencioné el surgimiento de una nueva auto-conciencia en las mujeres de clase media que, frecuentemente, correspondía a un deseo de conocer su yo interior y desarrollarlo.

También hubo razones mucho más simples para la llamada “adicción a la lectura”. El siguiente ejemplo se refiere a una mujer que trabaja como lectora en la casa de una aristócrata. Ella se queja:

Aquí se llena a las personas con lectura como a los gansos con pasta. La duquesa acaba de finalizar su cuenta: en este año leyó 75 novelas –sin considerar las revistas– y escribió 911 cartas.

(Schreiber, 1980, 271).

Después describe un día normal: entre las 10 de la mañana y las 22 horas la familia pasa 7 horas leyendo, simultáneamente, en 6 libros diferentes de temas tan diversos como lectura religiosa, novelas, ciencia, poesía y manuales para la vida moral.

Sobre todo en el campo –como en el ejemplo citado– la lectura tenía, entre otras, la función de pasatiempo. Pero, igualmente, muchas mujeres de la burguesía urbana leían para no aburrirse, porque, gracias al nuevo bienestar y al creciente consumismo, muchas mujeres se habían liberado de la mayoría de los deberes tradicionales en la casa, sin tener nuevas obligaciones. En el ejemplo siguiente, el aburrimiento aparece como un nuevo problema, producto de los cambios socio-económicos:

Quiero pedirles un consejo moral y filosófico. Estoy desocupada, no tengo obstáculos. (...) temo más que nada al no hacer nada – pero ¿qué hacer? ¿Leer? Sí, pero ¿qué? Lamentablemente ya lei tanto que no me queda mucho por leer que valga la pena.

(Haller, 1930, 242).

3. ¿CÓMO LEER Y DÓNDE LEER?

La crítica sobre la lectura femenina se extendió no sólo al “qué leer” sino también al “cómo leer” y “dónde leer”. Los ilustradores reflexionaban, sobre todo, respecto a la postura al leer y en las ilustraciones se observa un cambio significativo durante el siglo 18. En la primera mitad del siglo, se solía mostrar una postura bien erguida, el libro en la mano, sin apoyar ésta –una postura de mucha concentración que requiere mucho auto-control sobre el cuerpo, y que hoy en día nos parece incómoda. A partir de la mitad del siglo, se manifiesta un fuerte deseo por crear una atmósfera acogedora y cómoda en la casa; y se inventaron muebles especiales para una lectura cómoda, por ejemplo, una silla para la lectura en posición semi-sentada, etc. Al mismo tiempo, los ilustradores se preocuparon por garantizar una postura recta, tratando siempre de inmovilizar el cuerpo durante el acto de leer; incluso se inventaron varios instrumentos que ayudaban a mantener la postura adecuada, como palos con cinturones puestos en la espalda, etc.

¿Por qué tanta preocupación por la postura? Aparentemente, se temía que el desequilibrio entre el cuerpo inactivo y la mente activa durante la lectura pudiese causar cierto descontrol físico y síquico en las lectoras, hasta producir enfermedades:

La lectura, sobre todo si se realiza sentada, lleva a una debilidad general y afecta especialmente a los genitales. Al mismo tiempo que desaparece la fuerza del cuerpo se exalta la fantasía, se llena de imágenes que tienen como fin el estímulo más peligroso, que finalmente tiene tanto poder sobre las personas que empieza a afectar los nervios hasta poner su vida en peligro.

(Rolling, 1824, 128).

También existía la idea de que la lectura, como forma de pasatiempo, automáticamente lleva a una negligencia respecto de las tareas domésticas. La mujer, leyendo novelas, estaba bajo la continua sospecha de olvidar lo que tenía que hacer. Por eso, dominaban ilustraciones que mostraban a la mujer virtuosa, combinando la lectura con algo útil, con un trabajo de punto o tejiendo, al mismo tiempo.

Muy bien considerada era la lectura frente a la ventana o, mejor aún, en la naturaleza, es decir, visible, donde los demás pudiesen controlar el impacto del texto escrito. En las ilustraciones de la época, dominaba, por ejemplo, el símbolo de la iglesia en el fondo, que garantizaba una lectura moralmente aceptable.

CONCLUSIÓN

Aparentemente, se leía mucho en Alemania alrededor de 1800, y eran las mujeres quienes más sentían la fascinación por la lectura de novelas. La mujer de la burguesía alemana podía y debía leer, ya que los hombres buscaban una esposa culta y entretenida para sus conversaciones; y, sobre todo, una buena madre para sus hijos. Pero, la lectura debía ser

controlada, por lo menos controlable, tanto respecto de sus contenidos (los hombres querían elegir la lectura para la mujer) como respecto a los lugares en que se desarrollaba, por ejemplo, frente a una ventana abierta o en la naturaleza. El acto de leer exigía, por imposición cultural, un fuerte auto-control para evitar emociones demasiado fuertes. Este auto-control parecía estar garantizado por una postura muy recta o con un trabajo simultáneo. O, mejor aún, por la acción de un hombre-instructor que controlaba la interpretación y el impacto de la lectura, como lo permite la lectura acompañada.

Sin embargo, y eso me parece interesante, existía un deseo grande de parte de las mujeres por escapar de aquel control, por leer en una situación no-controlada y cómoda, por ejemplo, en las noches, en la cama, entregándose a emociones fuertes y apasionantes. De lo contrario, no habrían sido necesarias tantas advertencias en revistas e ilustraciones por parte de los hombres. Mi tesis es que el hecho de conocer nuevos espacios y recibir una mejor educación que permitía leer una novela, despertó en las mujeres el afán de conocer más, sobre todo, de sí mismas y de su mundo interior; y eso le parecía a los hombres un peligro para el estatus social.

Deseo terminar con un último ejemplo que revela el temor existente de que la identificación con la heroína de la novela pudiese llevar a una catástrofe. Cuando apareció una novela sobre el asesinato de Marat por Charlotte Corday, el *Journal* dedicó un extenso artículo a este tema, diciendo:

En vez de mostrarle el arma homicida la esconde allí dónde los hombres solamente sospechamos sentimientos tiernos y femeninos (en el pecho, anotación de la autora), y después de haberse asegurado suficientemente de la indefensión del hombre, lo despedaza como un tigre sanguinario e insidioso.

El texto continúa con un consejo:

¡Cuidense, mis bellezas alemanas, de revelar mediante su aplauso frente a las modernas heroínas francesas que ustedes serían capaces de imitarlas! Sólo la feminidad amable, que palidece con el ruido de las armas y con el acero brillante, les asegura los corazones de los hombres (...) La esposa del caballero alemán de los últimos siglos, que participó en los acontecimientos políticos del mundo tan sólo para secarle el sudor en la frente a su marido que regresaba de la batalla, y que vendó sus heridas con ternura y cuidado, sea el ejemplo digno de imitar.

(*Journal*, 1793, 11, 551).

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES PRIMARIAS

- Bertuch, Friedrich Justin / Krauss, Karl Melchior (Hrsg.)** (1786-1795): *Journal der Luxus und der Moden*, Weimar.
- Bodmer, Johann Jacob / Breitinger, Johann Jacob (Hrsg.)** (1721): *Discourse der Mahlern*, IV,12.
- Campe, Joachim Heinrich** (1791): *Väterlicher Rath für meine Tochter. Ein Gegenstück zum Theophron. Der erwachsenen weiblichen Jugend gewidmet*, Braunschweig (reimpreso Paderborn 1988).
- Habermas, Jürgen.** (1990): *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Frankfurt/Main (reimpreso de la primera edición de 1962).
- Haller, Lilli (Ed.)** (1930): *Die Briefe von Julie Bondeli*, Leipzig.
- Pockels, Carl Friedrich** (1801): *Versuch einer Charakteristik des weiblichen Geschlechts. Ein Sittengemälde des Menschen, des Zeitalters und des gesellschaftlichen Lebens*, tomo IV, Hannover.
- Schön, Erich** (1987): *Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Verwandlungen des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*, Stuttgart.
- Schreiber, Ilse (Ed.)** (1980): *Ich war wohl klug, daß ich Dich fand. Heinrich Christian Boies Briefwechsel mit Luise Meyer*, München, 271.
- Schwarz, Karl (Ed.)** (1872): *Albertine von Grün und ihre Freunde. Biographie und Briefsammlung*, Basel.
- Wallenrodt, Johanna I.E.** (1797): *Das Leben der Frau von Willenrodt in Briefen an einen Freund*, Leipzig.
- Wieland, Christoph Martin** (1794): *Neuer Teutscher Merkur*, Weimar 1, IV.